



LA RELIGION.

La Religion es un bálsamo consolador y una necesidad del espíritu. Un hombre sin creencias, sin fé, sin religion, no puede producir nada grande, nada que merezca aplausos y que forme página en la historia. Voltaire, ese filósofo tachado de escéptico, comprendiendo que sin la creencia en un Sér Supremo no puede existir la sociedad, dijo: «Si no hubiese Dios, habría que inventarlo.» La creencia en un poder superior es necesaria.

Los escépticos dicen que no se puede saber nada, que no se puede afirmar nada; pero llevan en su mismo aserto la contradicción. Dicen que no se puede saber nada, y sin embargo, afirman que nada saben; la escuela de los escépticos, sólo al exponer su doctrina, exponen á la vez la refutación.

En cuanto á los ateos, esos seres que niegan la existencia de un Sér Supremo, sólo merecen lástima y compasion... Pero no; no merecen lástima ni compasion, porque esos seres no existen, porque la idea de Dios la llevamos todos, como un sello indeleble, escrita en el corazon. Á Dios no se le ve, pero se le siente; los planetas, el hombre, la planta, el animal, todo está diciendo, todo está expresando la idea de Dios. Mirad nuestro planeta, que es, comparándolo con el espacio, lo que una gota de agua en el mar... no, mucho ménos, porque el mar tiene límites y el espacio no los tiene; pues bien, á pesar de que esta comparacion no sea precisa... medita. El mar, que nos asusta con su grandeza; los bosques, las altísimas montañas del Asia, los

civilizados pueblos de la Europa, la admirable organizacion de muchos de los de América y las islas de la Oceanía, todo esto es nada en relacion con el Universo. La grandeza de Dios nos espanta en lo inmenso, en lo infinito, en lo que no tiene límites; pero en lo pequeño se ve tanto como en lo grande la mano del Sér Supremo: coged el microscopio, examinad una gota de vinagre, y vereis en una molécula del líquido infinidad de infinitudes de animales llamados infusorios, que tienen órganos, que se alimentan, que se nutren, que viven y que mueren; conforme habeis examinado el vinagre, podeis examinar cualquier otro líquido, y en una pequeña molécula vereis millones de estos pequeños animalillos, que se reproducen con una rapidez asombrosa. A Dios se le ve tanto en lo grande como en lo pequeño.

La creencia en un Sér Supremo, en una inteligencia superior, es necesaria, porque es el cimiento de todas las filosofías: no se puede razonar sin creer en Él; la inteligencia sin Él tan sólo consigue sumirse en un caos horrible, del que no se puede deducir nada, del que no se puede sacar ninguna consecuencia. Venid aquí, sabios de todos los colores y matices; prescindid de la creencia en un Dios, y razonad si podeis hacerlo: ¿de qué os serviría en tal caso vuestro talento? de na-

da; es lo mismo que si á un gran arquitecto le dijese que construyese una gran casa sin cimientos. ¿Podría hacerlo? Imposible.

La idea de Dios es tal, que ningún pueblo ha prescindido de ella: lo que sí, por su ignorancia, han hecho, es creer en muchos; pero siempre solia haber uno más fuerte y de más poder que los otros. Algunos pueblos ménos ilustrados profesaban un fetiquismo grosero, es verdad, adoraban á objetos materiales; pero su pobre inteligencia, en la necesidad de adorar algo, adoraba aquello que le entraba por los sentidos, por la vista. En tanto que unos adoraban objetos materiales, habia otros que adoraban, por ejemplo, los astros; y ¿qué extraño es que, espantados ante su grandeza, los considerasen como divinidades, sin comprender que sólo eran sus obras? Pero en resumen adoraban algo. Habia otros que adoraban las fuerzas de la naturaleza; despues supusieron que aquellas fuerzas eran regidas por divinidades, es decir, el politeismo; pero todos, absolutamente todos los pueblos, ya adorasen objetos materiales, ya los astros, ya las fuerzas de la naturaleza, siempre adoraron algo.

Otra idea íntimamente relacionada con la de Dios es la idea de la vida futura. Todos los pueblos (salvo algunos extremadamente in-

cultos) han tenido esta creencia, modificada de diferentes maneras, pues algunos hasta llegaron á creer que los goces de la otra vida habian de ser puramente materiales y finitos; cosa absurda, pues el goce del alma no puede ser material no siéndolo ella, y mucho ménos finito cuando ella es inmortal. Esta creencia está tan íntimamente ligada con la de Dios, que es imposible separar la una de la otra, y cualquiera se afirma más en ella al ver las desigualdades, las injusticias y las vilezas de este mundo. Pues si en este mundo suceden estas injusticias; si muchas veces al inocente se le castiga y el criminal queda impune; si sucede

todo esto, y hay un Dios que todo lo ve, que nada se le escapa y que ha de ser extremadamente justo, ¿á qué desesperarse? ¿á qué dudar? Fiemos en la justicia de Dios, y cuando en la vida humana sintamos esas injusticias, preguntemos á nuestra conciencia: ¿tenemos nosotros la culpa? Si la contestacion es afirmativa, carecemos de derecho á quejarnos; pero si es negativa, si despues de examinar nuestra conciencia no encontramos en ella nada que nos acuse, y sin embargo somos desgraciados, no desesperemos. ¿Aquí lo hemos sido? Pues Dios es justo, y en la otra vida no lo seremos.

ADOLFO VALLESPINOZA Y VIOR.

LAS GOLONDRINAS.

I.

Cuando mueren las flores y el sol se nubla;
Cuando al pié de los árboles ruedan sus hojas,
Marchitas ya;
Cuando todo está seco y el cielo es triste...
En busca de otro cielo, las golondrinas
Marchando van.

Cuando nacen las flores y el sol más brilla;
Cuando el árbol cubierto de verdes hojas
Se vuelve á ver;
Cuando es bella la vida y alegre el cielo...
En busca de su nido las golondrinas
Vuelven también.

II.

La golondrina anuncia la primavera;
Si un punto de su nido crúel invierno
La arrebató,

Vuelve luego amorosa, cruzando mares,
En busca de aquel nido de sus mayores,
Donde nació.

Siempre vuelve á su nido todos los años;
Allí nació su madre, también sus hijos
Nacen allí;
Y si el hambre ó el tiempo su vida hieren,
¡También al mismo nido la golondrina
Viene á morir! ..

III.

¡Ay de aquel que, arrastrado por los placeres,
A la feliz morada de las virtudes
No vuelve más!
¡Dichoso el que, olvidado de las pasiones,
Para morir en calma y arrepentido
Vuelve á su hogar!

RICARDO SEPÚLVEDA.

MOISÉS.

(Conclusion.)

Figuraos que me dirigia hecho un valiente al encuentro de las olas seguido de mi perro, que estaba muy contento; que ya metí los piés en el agua; que fuí andando, andando, introduciéndome mar adentro; y por último, que ya las olas me llevaban y traian más de lo que era mi gus-



to, mientras que mis compañeros hacian á poca distancia ejercicios de natacion.

La playa no podia ser más suave, y una verdadera alfombra de arena convidaba á entregarse á los placeres del baño. Yo seguí entrando poco á poco, acompañado de mi perrillo, y extrañándome de lo mucho que andaba y de lo poco que el agua me cubria el cuerpo. El dia estaba sereno, y ni siquiera se veia el oleaje de otras veces. Parecia aquello el estanque del Retiro. A lo lé-

jos se veian otros muchos bañistas, y en el horizonte un barco.

Todo fué perfectamente hasta que me dió gana de volver la cabeza: cuando hice esto, se apoderó de mí un verdadero terror al considerar la grandísima distancia que me separaba de la playa; hasta recuerdo que grité y que ninguna voz contestó á la mia... Entónces creo que empecé á correr para salir del mar; creo que me caí, no sé cómo ni por qué, tal vez por dar un mal paso, tal vez por haber encontrado

alguna profundidad... Lo que estoy seguro es de que perdí la vista y el conocimiento, y que al reponerme estaba en la caseta del bañero con un médico al lado y mi mamá al otro.

Allí supe que me habían sacado

unos marineros cuando el agua me llegaba á las pantorrillas...

—¿Nada más que á las pantorrillas?

—Nada más... pero estaba cabeza abajo.

—¿Y no sabías nadar?



—Como un plomo.

—Por eso es bueno mi sistema.

—¿Cuál?

—No meterse uno en el agua... hasta que sepa nadar.

—¿Luego vemos á Juanito por milagro?

—Sí; amigos míos...

—Salvado del naufragio como Moisés...

—Sí...

—Pues bien: desde este día, ya no te llamarás Juan, sino Moisés...

—¡Sí, sí! ¡Moisés!—gritaron todos los muchachos.

—Y ahora, —añadió el más atrevido,—recibe de mi mano la bofetada del Sacramento de la Confirmación.

Y Moisés echó á correr para salvarse de aquel nuevo peligro, mientras todos sus perseguidores le acosaban gritando: ¡Moisés! ¡Moisés!

EL POETA NACE.

El genio es un reflejo de la Divinidad que alumbra á ciertos privilegiados séres desde la cuna.

Pero entre todas las manifestaciones de la actividad humana, la que mejor comprueba esta verdad es el ejercicio de la poesía.

Las biografías de todos los grandes poetas lo atestiguan, sin que lo desmienta ciertamente la historia de nuestro teatro nacional.

Pocos son los autores españoles que no han dado desde sus primeros años precoz muestra de las singulares dotes con que plugo á Dios señalarles entre los demas hombres.

Interminable sería nuestra tarea si nos propusiéramos dar una idea, siquiera fuese muy sucinta, de los niños que han ilustrado con primicias de ingenio los anales poéticos de España.

Cinco años tenía el inmortal Lope de Vega cuando empezó á componer comedias. «A dicha edad leía en romance y latin, dice Montalban, y era tanta su inclinacion á los versos, que miéntras no supo escribir repartía el almuerzo con los otros mayores porque le escribiesen lo que él dictaba.» En 1571, es decir, á los nueve años, el *Fénix de los Ingenios* había logrado ya

fama de poeta entre sus amigos y compañeros.

En la niñez escribió el célebre D. Agustin Moreto su comedia *El premio en la misma pena*.

Cervántes, desde su más tierna edad, dió evidentes señales de afición á las letras.

Juan de la Cueva, en su adolescencia, demostró felices disposiciones para la poesía.

Luis Hurtado de Toledo compuso en la edad primera la *Tragedia Policiana*, imitacion de *La Celestina*.

El mismo Dr. Juan Perez de Montalban, que tanto celebraba en sus escritos la maravillosa precocidad de Lope de Vega, no fué tampoco ciertamente de los más tardos en producir obras literarias de merecida estimacion, pues habiendo nacido en 1602, ya corrian producciones suyas entre literatos y poetas por el año de 1619.

Al autor de *El domine Lucas y La más ilustre fregona*, D. José Cañizares, se debe, en opinion de autorizados críticos, la obra *Pedro de Urdemalas*. De ser cierta esta noticia, lo cual nada de extraño tendria, resultará que Cañizares escribió la citada produccion á los seis años, una vez que ésta lleva

fecha de 1682 y Cañizares nació, según respetables biógrafos, el 4 de Julio de 1676.

El Prado de Valencia, de don Gaspar Mercader, contiene poesías del reputado escritor de la patria del Turia, D. Miguel Beneyto. Vino al mundo tan notable poeta en 1591, y *El Prado de Valencia* se imprimió en 1601; tenía, pues, el pequeño autor diez años escasos. No es extraño que tal sucediera con quien poco tiempo después, y no más lejos de 1608, escribió *El hijo obediente*.

Muy escasas primaveras debía contar el Licenciado Luis Quiñones de Benavente cuando escribió *Las civilidades*, entremés en el cual se ven ya brillar los destellos de aquel gracejo, filosófica intencion y singular donaire, propios de tan preclaro autor.

El insigne Calderón de la Barca, antes de escribir á los trece años *El carro del cielo*, consignada como la primera de sus producciones en todas sus biografías, había, según datos cuya autenticidad no ha podido impugnarse con éxito, ofrecido ya pruebas de su claro ingenio en la obra *El mejor amigo el muerto*, escrita en colaboración con Rojas Zorrilla y Belmonte, y representa-

da por primera vez el día de la Natividad del año 1610. Calderón tenía entonces diez años y once meses.

Y no se crea que esta virtud de nacer cantando versos y recitando comedias es propiedad exclusiva del sexo fuerte.

También las autoras se distinguen de igual manera, y bastará que al efecto citemos un solo ejemplo, que sirva de final á estos ligeros apuntes.

Sor Juana Inés de la Cruz (Doña Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Cantillana), *monja de Méjico*, manifestó en los primeros albores de su existencia una vivísima inclinación á las letras; aprendió á leer á los tres años de edad, y refieren testimonios muy respetables que dando precoces muestras de su ingenio á los ocho aún no cumplidos, «porque la ofrecieron por premio un libro, *riqueza de que siempre tuvo sedienta codicia*,» compuso una loa sacramental, que se representó con aplauso y admiración en una fiesta religiosa.

¿Quién dudará, después de leer los anteriores datos, que *el poeta nace*?

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

JOYAS DEL ARTE.



LA VÍRGEN DE LA SILLA.

(DE RAFAEL SANZIO DE URBINO.)

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Era una niña bella, cual la rosa
A quien su primer beso
Envía el alba como más hermosa.
Su infantil alegría,
Su mágico embeleso,
En torno suyo derramaba encanto;
Y en este mundo de dolor y llanto
Símbolo de consuelo parecía.

Mas llegó un hora en que el Eterno dijo:
—¡Limpia de lodo impuro
Venga á mi lado; para mí la elijo:
La tierra no merece ángel tan puro!»
Y fué: la muerte dijo:—Yo he cumplido.
Exclamaron los ángeles:—¡Victoria!
Gritó la madre:—¡Todo lo he perdido!
Y las campanas murmuraron:—¡Gloria!

JOAQUINA BALMASEDA.





UN DIA DE CAMPO.

Para los que residen en los grandes centros de poblacion, un dia de campo es un verdadero acontecimiento, porque rompe la monotonía de las ocupaciones y aún de los placeres habituales. Poco importa que el paisaje sea árido con tal de que haya horizontes despejados y se pierdan de vista las simétricas construcciones de la ciudad, sus estrechas calles y sus elevados edificios; la atmósfera viciada en que los pulmones parece que no pueden funcionar con perfecta regularidad.

La lámina que encabeza estas lí-

neas figura una de las ansiadas giras campestres, y el dibujante señor Melendez, ha sabido interpretar la escena con gran éxito.

—Pero, falta una cosa muy esencial, —me dice Periquito leyendo estas líneas.

—¿Cuál?

—La merienda.

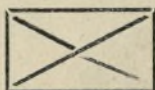
—Pícaro gloton. ¿No sabes que la merienda suele pesar mucho?

—¿Y qué?

—Que el mozo que la lleva se ha quedado detras de sus amos. Por eso no se le ve en la lámina.

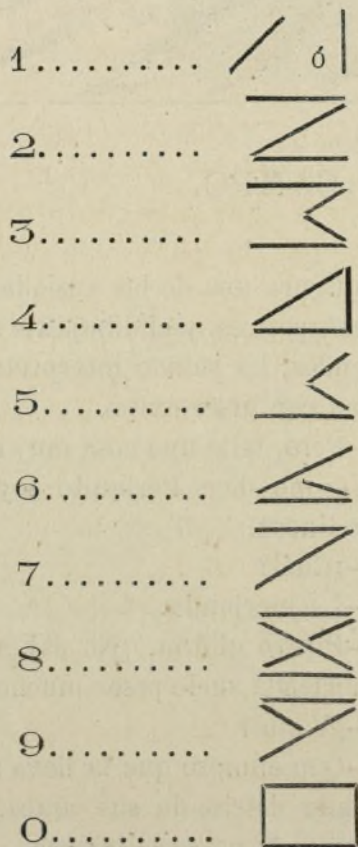
ORÍGEN DE LOS NÚMEROS.

La formación de los números arábigos que usamos, puede decirse que se deriva de la siguiente figura:



No hay más que descomponer las líneas y hacer desaparecer la dureza de los ángulos por medio de la curva.

Esto se demuestra de la siguiente manera:



AVES Y FLORES.

Si en la inmensa Créacion
No hay nada inútil ni vano;
Si hasta el pequeño gusano
Llenar debe una misión;
Si Dios en su omnipotencia
Le dió al sol sus resplandores,
Grato perfume á las flores
Y al mortal inteligencia,
Trabajemos con anhelo
Y en un vivir sosegado,
Dejando la flor al prado
Y al pajarillo su vuelo.

Respetar la Créacion,
Trabajar de Dios en nombre,
Esto hace que cumpla el hombre
Su salvadora misión.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL NOPAL Y LA COCHINILLA.

Dijo el nopal muy grave: «¡Pobrecilla!
¿Qué fueras, cochinilla,
Dí, si las tintas rojas
Que hoy te hacen apreciable
No hallaras en mis hojas?
¡Un insectillo ruin y miserable!»
—Te equivocas, nopal,—dijo el insecto;—
Mi color no es efecto
De vivir en tus palas espinosas,
Y este rojo matiz tan apreciado
Y mis tintas hermosas
Son tan sólo de Dios que me ha creado.
*Los que nada merecen,
Con las glorias ajenas se envanecen,
Puesto que de las propias no disponen,
Sin recordar jamás tal gentecilla
Que, de este modo obrando, á oír se exponen
Lo que dijo al nopal la cochinilla.*

VENTURA MAYORGA.

LUIS.

(Conclusion.)

IV

Muchos corrian, sin saber por qué era aquella corrida y á dónde iban á parar; veían correr á otros, y no querían ser ménos.

En la vida sucede eso con frecuencia: se hacen algunas cosas sólo porque se ven hacer á los demás, sin pensar ni juzgar si son buenas ó malas. Vamos á donde nos lleva la multitud ó la voz de un hombre que nos atrae y seduce con la belleza y dulzura de sus palabras, que acaso á veces sean peligrosas y falsas. Te advierto, lector amado, andes prevenido en tales ocasiones y te acostumbres á no dejarte llevar así por nada, ni por nadie que no sea tu padre ó tu maestro, sin pensarlo ántes y averiguar en lo posible los motivos y las causas de lo que ves y oyes. Consúltalo siempre con tu entendimiento, y mucho mejor con tus superiores; de esta manera evitarás los yerros y peligros de correr sin saber por qué y de oír lo que pueda dañar á tu corazón y á la ley de Dios.

Como decía, el andar y moverse de las gentes era desalentado y sin reparo de lo que hacían, y no era fácil saber en qué vendría á parar todo aquéllo, si al fin, aquietándose

un poco todos, no oyesen la voz de vários municipales, que se esforzaban en asegurar que no había nada y que todo fuera pura invención de unos cuantos maliciosos é imprudentes

Así, poco á poco fueron tranquilizándose los ánimos y volviendo todo á su primer estado de fiestas y regocijos.—Pero ¿qué había sido entre tanto de nuestros amigos? ¿Cuál la suerte de Carlos y Luis?—La que era de esperar. Carlos estaba al lado de su padre, quien fatigado y afligido lamentaba, sentado en uno de los asientos que había en aquel lugar, la pérdida de Luis, que no parecía en ninguna parte.

No dejaron rincón que no hubiesen mirado. El buen padre desesperaba ya de hallarle, y no sabía qué hacer. Su dolor era tan intenso, que ni aún fuerzas tenía para levantarse de su asiento. Carlos no hacía más que llorar. Decíase que en medio de la confusión, algunos se habían caído y sufrido bastante, y que los llevarán á las próximas Casas de Socorro para prestarles los primeros auxilios. Estas palabras, que llegaban á los oídos de nuestros buenos amigos, aumentaban su dolor y su angustia.

¿Sería alguno de aquellos heridos y maltratados Luis?... Sólo en pensar esto se estremecía y atribulaba aquel afligido padre. Él quería cuanto ántes correr á las casas de socorro para cerciorarse de la verdad de lo que le hacia sospechar su imaginacion sobreexcitada y temerosa; pero al propio tiempo no se decidía á salir de las dudas y sospechas que le asaltaban.

Al fin no pudo contener por más tiempo su impaciencia, y se resolvió á saber si su hijo estaría ó no entre las víctimas de aquella impensada desgracia, y recorrió una á una, en compañía de Carlos, todas las Casas de Socorro que allí habia, pero en ninguna de ellas le hallaron.

Una risueña esperanza tenía en medio de todo, y era: si estaría ya en casa, á donde se habria dirigido tal vez lleno de miedo y de terror, por el imaginado toro que decían se habia escapado. Hacia allá se dirigieron padre é hijo anhelantes y á buen paso.

V.

Luis, cuando por primera vez se oyó aquel grito fatal que puso en movimiento y confusion á toda la gente, estaba separado de su padre un buen trecho: al oírle, quiso acogerse á su proteccion y abrigo, como era natural; pero por su pi-

cara costumbre de andar siempre detrás y á distancia de él, interpúsose una columna tal de gentes, que le fué imposible ni aún el distinguirle siquiera. Vió entónces un claro por donde huir y escabullirse del alud que venía encima, y dió á correr cuanto podia y mientras le duró el aliento, y sin cuidarse por qué camino iba.

Mucho debió haber andado en su carrera, porque hallóse luégo en una de las calles más extraviadas de la ciudad, casi en el último arrabal, donde ni la menor noticia tenían de lo que acababa de pasar, pues muy tranquilo jugaba á los soldados un peloton de chiquillos del pueblo.

En cuanto divisaron á Luis, y que venia solo, le cercaron y rodearon de manera que no podia dar un paso.

—¿De dónde arriba este señorito?... — Muchachos, lo haremos prisionero de guerra.—Esto hablaba el que parecia jefe de la banda.—Cogiéronle, pues, entre todos, é intentaron un reconocimiento en forma de sus bolsillos. Resistióse Luis con energía y mal humor á tal atropello; pero esto empeoró su situacion, y quieras que no quieras, le miraron cuanto llevaba y tenía, sin dejar cosa que no reconociesen, golpeándole y maltratándole hasta hacerle llorar.

Por fortuna, en el momento en

que más lloraba y se entristecía Luis, acertó á pasar por allí un muchacho mayor en años de cuantos allí estaban, el cual, en cuanto le vió, dirigióse á-él.

—¿Qué es esto, Luis?... ¿Quién te ha traído aquí?... ¿Qué te hacen esos tunantes?...—Y sin más, fué á sacarlo de en medio de aquellos diablillos, capaces de hacer con él cualquier desaguizado.

En cuanto le vió Luis, ensanchósele el corazon, y se abrazó á él diciéndole:

—¡Oh! Manuel, ¡llévame de aquí!... ¡Socórreme!... ¿Dónde estarán papá y Carlitos? ¡Pobre de mí!—Y al decir esto, el infeliz Luis lloraba y sollozaba mucho...

Aquel que habia llamado Manuel, y era entónces su salvador, procuró calmarle en lo que pudo. Primero enteróse de los motivos que trajeran allí á Luis, y de lo que hicieran con él los de la banda, y despues hizo que le devolviesen todos los objetos que le habian quitado, sin faltar uno: administróle al jefe algunos pescozones por vía de correctivo; quiso hacer lo mismo con los demás; pero éstos, al conocer sus intenciones, se habian desbandado y huido el bulto, desapareciendo de su vista. En seguida, cogiendo á Luis por la mano, llevóle hácia su casa, segun él lo deseaba...

Manuel era hijo del carpintero

que solia trabajar en la casa de Luis; muy buen muchacho, aprendiz en el mismo oficio de su padre. Con esto se conocian mucho, y se profesaban cariño, distinguiéndole muchas veces Luis dándole parte de su merienda y jugando con él, lo cual agradecía en extremo el buen Manuel, y procuraba demostrarlo en aquella ocasion salvándole de la mala voluntad de los chicos entre quienes habia caído, y devolviéndole á sus padres, que bien se le alcanzaba á él lo desconsolados que estarían...

VI.

Estaban, en efecto, bien desconsolados y afligidos. El padre acababa de llegar con Carlitos á su casa. Al no hallar en ella á Luis, su dolor fué más profundo y su angustia indescriptible.

La madre, ¡qué no sufriría con la relacion que le hacia Cárlos y al ver que venían sin él!

Andaba de un lado al otro de la habitación; llamaba á todos los criados; decíales que al momento saliesen en su busca: ella misma se aparejaba para salir á la calle; quería salir como estaba, sin nada á la cabeza... Lloraba, se desesperaba... en fin, estaba fuera de sí de tanto dolor como sentía.

El padre, repuesto un poco de su pena, comenzó á pensar y á dispo-

ner lo que habia de hacerse, calmando en cuanto le era posible á su esposa, que parecia muerta de dolor y de angustia...

De pronto se oyó decir: «Ahí viene Luis... ahora llega...» La madre corrió á la ventana y vió á su hijo en compañía de Manuel, que subian calle arriba. Quiso salir á su encuentro; pero la alegría le embargó sus fuerzas de tal manera, que no pudo dar un paso, cayendo en un sofá, que habia próximo á donde ella estaba, medio desvanecida.

.....

Luis no se atrevia á entrar en la habitacion en la que le esperaban sus padres: animóle á ello Cárlos, cogiéndole de la mano y haciéndole postrar de rodillas delante de su padre, que estaba de pié en medio de la sala.

Éste luchaba consigo mismo, entre la satisfaccion que sentia interiormente por la llegada de Luis y la severidad de que debia revestirse para castigar á su hijo como lo merecia, por desatender así á sus consejos, cuyas consecuencias acababa de ver tan claramente.

Pero el corazon de una madre no puede contener por mucho tiempo los sentimientos de su ternura; y así como el manantial caudaloso rompe por entre las peñas y sale á fuera sin que nada le contenga, así se levantó de su asiento la madre de Luis y corrió á estrecharle

entre sus brazos con todas las fuerzas de su amor.

Despues abrazó á Manuel y le llenó de caricias. Desde aquel momento todo fué alegría y regocijo, como ántes todo habia sido tristeza y afliccion. Hasta el padre no pudo conservar por mucho tiempo la severidad que mostraba en su rostro, y no tuvo otro remedio sino asociarse á tan natural expansion de contento como el que sentian cuantos allí estaban.

VII.

Lector querido, puedes creerme, (palabra de honor) que esto que acabo de contarte ha pasado tal como te lo he referido, ni más ni ménos. Ni áun los nombres de tus compañeros que aquí figuran he sustituido por otros; sólo el de la ciudad donde ha pasado el suceso es invencion mia.

Con este motivo yo pudiera escribir aquí mil reflexiones que se me ocurren para probarte los males que ocasiona el despreciar los mandatos y consejos de los padres; pero como te considero de muy buen entendimiento, dócil y obedientísimo, voy á dispensarte de este trabajo. Además, los efectos de la mala costumbre de Luis, bien claro los has visto en el relato que antecede, para que sea necesario insistir más sobre el particular.

Adios, pues, y que el cielo te preserve de imitar por jamás la conducta de Luis, y si alguna vez fueses tentado á ello (lo que Dios no permita), acuérdate de este sencillo

y verdadero suceso con que hoy te ha entretenido tu más apasionado y devoto amigo.

R. SEGA DE CAMPOAMOR.

Agosto 1881.

ALEJANDRO Y LOS SABIOS.

Cuenta Plutarco que Alejandro el Grande aprehendió en una de sus expediciones á diez sabios, notables por la precision de las palabras que daban á cuantas preguntas se les dirigian. Llevados á su presencia, decidió hacer á cada uno de ellos una pregunta, con la condicion de que entregaria primero á la muerte al que peor le respondiera, siguiendo por su orden los demás, y eligió como juez al más anciano de todos.

Son curiosas las preguntas que á todos hizo, é ingeniosísimas las respuestas que obtuvo.

Hé aquí el interrogatorio:

—¿Quiénes son más, los vivos ó los muertos?

—Los vivos, porque los muertos ya no son.

—¿Quien produce más animales, el mar ó la tierra?

—La tierra, porque el mar es parte de ella.

—¿Cuál es el animal más listo?

—Aquel que aún es desconocido para el hombre.

—¿Qué fué primero, la noche ó el día?

—El día, pero no precedió á la noche más que un día.

Y como el Rey se manifestase sorprendido por esta contestacion, díjole el sabio que á preguntas extrañas era preciso dar tambien extrañas respuestas.

—¿Cuál es el medio mejor de hacerse amar?

—No hacerse temer, siendo el más poderoso de los hombres.

—¿Cómo puede el hombre llegar á ser Dios?

—Haciendo lo que es imposible á ningun hombre.

—¿Qué es más fuerte, la vida ó la muerte?

—La vida, que soporta tantos males.

—¿Hasta qué edad debe vivir el hombre?

—Hasta que no crea la muerte preferible á la vida.

Terminado este interrogatorio, volvióse Alejandro al anciano que habia designado como juez, y le preguntó:

—¿Quién ha respondido peor?

—Todos han respondido peor uno que otro.

—Entonces debes morir.

—No, porque has dicho que moriria el primero que respondiese peor.

Satisfecho el gran Alejandro, los colmó de dones y los puso en seguida en libertad.

ACTUALIDADES.

La representacion de *La Aldea de San Lorenzo* en el teatro Español ha sido un triunfo tan grande como legitimo para el eminente actor D. José Valero. La empresa dispone el estreno de un nuevo drama de D. José de Echegaray.

En el teatro de la Comedia se han dado en los últimos dias varias aplaudidas obras del repertorio, notables por la interpretacion de la buena compañía que actúa en el coliseo citado.

Un domingo en el Rastro, sainete del se-

ñor D. Tomás Luceño, y *La herencia del abuelo*, comedia del Sr. Flores García, llevan gran concurrencia al teatro de Lara. Su empresa prepara nuevos estrenos, justificando con su actividad el favor del público.

En Novedades ha comenzado á trabajar una buena compañía acrobática, en la que figura mis Zeeo, el hada voladora. Sus representaciones se cuentan por llenos.

*
* *

Ha sido informado favorablemente por el Gobierno de Madrid, y sólo pende ya de la aprobacion del Ayuntamiento, el proyectado ferro-carril de la Infancia, que se trata de establecer en el Salon del Prado.

*
* *

La enseñanza popular ha adquirido notabilísimo desarrollo en nuestro país. Prescindiendo de Madrid, donde las clases del Conservatorio de Artes y las de la Sociedad *El Fomento de las Artes* albergan á

muchos millares de niños y jóvenes sedientos de instruccion, en Barcelona las clases de dibujo aplicado á las artes y á la industria se ven muy concurridas; en Valencia, las clases de artesanos cuentan más de 2.000 alumnos; en la Coruña, Cádiz, Málaga, Sevilla, las Escuelas de artes y oficios ofrecen un contingente escolar que revela la afición al estudio.

Las asignaturas que las clases obreras cursan con mayor vocacion son las de dibujo, instruccion primaria superior, matemáticas y lenguas vivas.

*
* *

El sucesor de M. Price, siguiendo la noble conducta de aquél, dió en su Circo el día 13 por la tarde una funcion gratuita para los niños que concurren á las escuelas de esta corte. El público infantil celebró y rió grandemente las gracias de los clowns, el interés de la pantomima y los arriesgados ejercicios de los gimnastas.



A LOS PADRES.—(A ver qué dice aquí.)
«Justo es recomendarles otra vez
La Revista ilustrada LA NIÑEZ...»
(Soy suscriptor: no lo diré por mí.)
Sana doctrina encierra, y muy moral,
Artes, ciencias y cuentos en monton:
Es una verdadera ilustracion
Que merece el elogio universal.